



Trabajo Fin de Grado

La acumulación de capital a escala global
Un análisis del imperialismo a través de la producción y la
distribución del valor en la economía mundial

Autor

Lorién Cirera Sancho

Director

Jorge León Casero

Facultad de Filosofía y Letras / Grado en Filosofía
2021

Resumen

Este trabajo presenta una caracterización del imperialismo en la actualidad, entendido como la forma que toma la acumulación capitalista a escala global. Para ello, partiendo de los fenómenos de la deslocalización y la migración, se analiza cómo se produce y se distribuye el valor en la economía mundial. Siguiendo a John Smith y a la corriente de la dependencia, se afirma la existencia de una fractura en la clase trabajadora internacional, fundada en la superexplotación de la fuerza de trabajo en la periferia del sistema capitalista global, en la distribución desigual del consumo, y en la transferencia sistemática de valor a través del intercambio desigual. Como conclusión, se señala la impotencia de las estrategias reformistas y nacionalistas para acabar con el imperialismo, y se subraya la importancia de que el movimiento anticapitalista en Occidente entronque con la clase trabajadora migrante.

Palabras clave: Imperialismo, dependencia, división del trabajo internacional, deslocalización, superexplotación, intercambio desigual, monopolio, John Smith, marxismo, reducción de las desigualdades (ODS 10), fin de la pobreza (ODS 1).

Índice

Introducción.....	3
¿Qué es el imperialismo?.....	7
Configuración de la economía global y división internacional del trabajo	9
Los mecanismos de la deslocalización	10
La otra cara de la moneda: la migración y los circuitos de movilidad de la fuerza de trabajo internacional.	12
Producción del valor: diferencias salariales y tasa de explotación.....	14
Diferencias salariales y su relación con la productividad.....	16
Distribución del valor: transferencias de valor e intercambio desigual.....	19
Intercambio desigual debido a la igualación de la tasa de ganancia.....	21
Monopolios e intercambio desigual	23
Conclusiones.....	26
Bibliografía.....	29

[...] para oponerse a sus trabajadores/as, los empleadores o bien traen trabajadores/as del extranjero, o bien trasladan la producción a países donde hay una fuerza de trabajo barata. A la luz de esta realidad, si la clase trabajadora desea continuar su lucha con alguna posibilidad de éxito, las organizaciones nacionales deben convertirse en internacionales.

Karl Marx (s.f.), 1867, panfleto de la Primera Internacional llamando al Congreso de Lausana. Traducción propia.

Introducción

A principios de 1917 Lenin publicaba *Imperialismo, fase superior del capitalismo*: una obra pequeña pero bien documentada, con apenas ciento cincuenta páginas que marcarían con fuerza el movimiento revolucionario mundial posterior. Ya antes que él, otros/as marxistas habían abordado el mismo fenómeno: Hilferding lo hace en 1910, Luxemburg en 1913 y 1915, Kautsky en 1914, Bujarin en 1916. Eran los años de la Primera Guerra Mundial, las grandes potencias occidentales habían completado la ocupación del mundo y los conflictos interestatales para forzar nuevos repartos coloniales acordes a las aspiraciones de cada burguesía nacional se habían vuelto inevitables. Aunque 100 años después han cambiado muchas cosas, los problemas a los que los revolucionarios y revolucionarias de principios del siglo XX trataban de dar respuesta con sus teorías sobre el imperialismo siguen muy presentes. El dominio colonial mediante la ocupación territorial es cosa del pasado, pero las distintas formaciones sociales¹, cada vez más interrelacionadas, siguen estando organizadas de manera jerárquica, y el grueso de la humanidad sigue estando subordinada a un puñado de grandes potencias y sus capitales nacionales. No se trata únicamente de explicar el militarismo y la guerra (cuestiones plenamente vigentes en la actualidad, y que, en los últimos años, con el cuestionamiento de la hegemonía estadounidense, cobran todavía más importancia), sino también la división internacional del trabajo y la articulación jerarquizada de las distintas economías nacionales en la economía mundial, que están en la base del imperialismo y de los choques bélicos que lo caracterizan.

La cuestión del imperialismo no constituye un problema teórico, sino práctico. Decía Deleuze (1996) que para entender una idea lo primero es entender el problema

¹ Tomo el concepto de “formación social” de Samir Amin (1976). Frente al concepto más general, y por tanto más abstracto, de “modo de producción”, el de “formación social” está «más próximo a la realidad concreta inmediata» (55). Hace referencia a las estructuras concretas, históricas, a la articulación específica de relaciones sociales que constituye una determinada región y que puede combinar distintos modos de producción, siendo uno de ellos el dominante.

que la funda. Lo que estaba en juego con la caracterización del imperialismo ya hace 100 años, y lo que sigue estando en juego hoy en día, es la necesidad de orientar la práctica revolucionaria. Y, en concreto, el análisis del imperialismo que se presenta en este trabajo trata de orientar la práctica ante dos problemas fundamentales, estrechamente relacionados. El primero es la división del proletariado mundial y la complicidad de la clase trabajadora occidental con el capitalismo global, que choca con la constitución de un sujeto revolucionario en Occidente. El segundo, estrechamente relacionado, es el enfrentamiento con posiciones reformistas y nacionalistas dentro del movimiento anticapitalista. Posiciones que, aunque en ocasiones se digan revolucionarias, llevan la lucha anticapitalista a callejones sin salida: las primeras, porque no ponen en cuestión los verdaderos fundamentos del sistema; y las segundas, porque priman los intereses “nacionales” sobre la lucha y la solidaridad de clase, una clase que, como el sistema capitalista, es global.

Estos problemas, dirigidos no meramente a interpretar el mundo, sino a transformarlo (Marx, 1975), estaban presentes ya en las teorizaciones clásicas sobre el imperialismo. Pero, aunque los problemas vengan de lejos, el mundo y el imperialismo han cambiado, y las nuevas respuestas tienen que dar cuenta de estos cambios. Por ello, este trabajo aborda los elementos centrales que, en el plano económico, caracterizan el imperialismo en la actualidad, poniéndolos en relación con algunos de los debates que, dentro del marxismo, se están dando en torno a ellos. Su objetivo es elaborar un armazón básico para comprender la organización diferencial de la economía capitalista global y las fracturas que la surcan a nivel internacional, que, de forma esquemática y simplificada, dividen el mundo en dos partes: un centro constituido por los Estados más poderosos y los grandes capitales vinculados a ellos, y una periferia, conformada por el resto de Estados del mundo y sus respectivos capitales, subordinada económica, política y culturalmente al centro. El análisis de esta división permitirá orientar mejor nuestros pasos en la lucha anticapitalista.

La ley del valor, en su formulación más básica, establece que las mercancías se intercambian en proporción a sus valores, que a su vez se fundan en el tiempo de trabajo necesario para producir las mercancías (Gill, 2002). Constituye el regulador de la economía capitalista, y expresa las relaciones sociales que la caracterizan. La base de estas relaciones es la división de la sociedad entre poseedores de trabajo y poseedores de capital, división que determina la distribución social del tiempo, convertido en valor. En

un sentido más general, la ley del valor hace referencia a la lógica que rige la economía capitalista.

La tesis principal de este trabajo es que el imperialismo, plenamente vigente en la actualidad, es consustancial al modo de producción capitalista, y se deriva del funcionamiento de ley del valor operando a escala mundial. La característica principal del imperialismo es la transferencia de valor generado en la periferia hacia los capitales del centro de la economía mundial, lo que a su vez entraña una división en el proletariado mundial.

Este análisis se lleva a cabo desde una perspectiva materialista, con base en los estudios del capital que llevaron a cabo Marx y Engels. Aunque el imperialismo sea un fenómeno mucho más extenso, cuyos orígenes se ligan al inicio del capitalismo, el rango cronológico de esta investigación puede acotarse entre comienzos de la década de los 80, con el inicio del neoliberalismo y el proceso masivo de deslocalizaciones, y la actualidad.

El objetivo de este trabajo es explicar las diferencias en la acumulación de capital en el centro y en la periferia de la economía mundial, así como su articulación, llevando a cabo una aproximación al fenómeno del imperialismo en su carácter más general. No considero que la clase trabajadora de cada uno de estos espacios sea homogénea, pero no entrará a analizar sus diferencias internas, que ya han sido estudiadas por otros autores y autoras, como Poulantzas (1977). No obstante, considero que pueden establecerse conexiones entre la articulación diferencial del proletariado global, y la articulación diferencial del proletariado en el interior de cada formación social.

Hay otras cuestiones que se presuponen o que directamente no se tratan. Un análisis más completo requeriría, entre otras cosas, abordar explícitamente la conceptualización del Estado.² Por otro lado, tampoco planteo la dimensión imperialista de la contradicción capital-naturaleza. Estas cuestiones, aunque fundamentales, son omitidas para centrarme en la división del trabajo y la acumulación de capital en relación

² El análisis del imperialismo está estrechamente vinculado a la naturaleza y el papel de los Estados. ¿Cuál es la relación entre los intereses de los capitales y los Estados? ¿Cómo se relacionan los Estados con las instituciones de carácter supranacional que han cobrado importancia en las últimas décadas? Abordar estas cuestiones adecuadamente necesitaría de otro trabajo aparte, y he preferido centrarme en el análisis de la acumulación de capital. Este trabajo, sin embargo, presupone algunas de las críticas que generó *Imperio* (Hardt y Negri, 2009). En línea con lo que han señalado otros autores y autoras, considero que el modelo de Imperio propuesto por Hardt y Negri (2009) no permite dar cuenta de la situación geopolítica actual (Saccarelli, 2004). El imperialismo sigue vigente hoy en día, y los Estados continúan siendo actores fundamentales (Meiksins Wood, 2003), defendiendo los intereses de sus capitales nacionales en una lucha competencial interminable.

a la creación y distribución de valor. No obstante, los desarrollos de este trabajo tienen que ser puestas en relación con ellas para elaborar un análisis más completo y riguroso.

Este trabajo está dividido en cuatro partes. Comienza con una primera caracterización del imperialismo, que sirve de base para orientar el análisis, y cuya validez se intenta verificar en la exposición posterior. Esta caracterización se basa principalmente en los trabajos de John Smith y de autores de la corriente de la dependencia como Ruy Mauro Marini, Arghiri Emmanuel y Samir Amin. El punto siguiente aborda la división internacional del trabajo, poniendo especial atención en un fenómeno fundamental de las últimas décadas: la deslocalización de gran parte de la producción industrial a los países del tercer mundo.

Partiendo de esta organización de la economía mundial, el tercer apartado analiza cómo se produce el valor a escala mundial, centrándose en la diferencia de tasas de plusvalor y de tipos de plusvalor entre el centro y la periferia. Mientras que en los Estados centrales predomina la extracción de plusvalor relativo y se da una tasa de plusvalor más baja, en los Estados periféricos predomina el plusvalor absoluto y la extracción de plusvalor mediante la reducción del salario, y se da una tasa de plusvalor mucho mayor. Esta explotación característica de la periferia Smith y Marini la conceptualizan como *superexplotación*.

Por último, en el cuarto apartado se analiza cómo este valor se distribuye de forma desigual, transfiriéndose sistemáticamente desde la periferia hacia el centro de la economía mundial mediante el *intercambio desigual*. En la conclusión se reafirma la fractura de la clase trabajadora global y el beneficio que el proletariado occidental extrae de la división imperialista del mundo, y se incide en la impotencia que entrañan los caminos reformistas y nacionalistas, que no rompen con el imperialismo, sino que sólo buscan afianzar la posición de su Estado dentro del mismo. Asimismo, se subraya la importancia de que el movimiento anticapitalista occidental entronque con la clase trabajadora migrante de los Estados centrales, así como con los movimientos revolucionarios de la periferia.

¿Qué es el imperialismo?

Según Smith (2019a), el imperialismo puede definirse, en una primera aproximación, como la subyugación del mundo entero a los intereses de las clases dominantes capitalistas de unas pocas naciones opresoras. Esta definición da cuenta de la realidad concreta del imperialismo, de sus efectos políticos (la explotación del mundo por parte de unas pocos Estados privilegiados) y de su razón económica (los intereses de los grandes capitales del centro del sistema mundial). Sin embargo, no alude directamente al fundamento de este fenómeno, al núcleo que permite comprender el imperialismo. Por ello se hace necesario dar una segunda definición, que complementa y explica la primera: *el imperialismo es la forma que toma la acumulación capitalista a escala global.*

¿Qué significa esto? El imperialismo es inherente a la acumulación capitalista global, es decir, es efecto de la ley del valor operando a escala mundial. Tiene, así, una base económica, aunque no se puede reducir a ella: inserto en el conjunto de las relaciones sociales, el imperialismo se estructura a través de los diferentes planos que constituyen la existencia social humana.

El capitalismo es, hoy en día, el modo de producción global. El capital, entendido como «relación social» (Marx, 2017a, p. 858), ha extendido sus tentáculos por todos los rincones del mundo, que ahora palpitan a un mismo ritmo: la cadencia implacable que impone la acumulación de capital. «¡Acumulad, acumulad!» claman los profetas (Marx, 2017a, p. 684), ¡o pereceréis en la eterna batalla de la competencia!

Pero, aunque la ley del valor opere a escala global, se concreta de forma desigual. La economía mundial no se ha desarrollado ni se desarrolla de forma homogénea, tampoco de forma lineal, como si los distintos territorios siguieran el mismo recorrido a destiempo, en etapas diferentes de desarrollo. Los imperativos del capital actúan en todo el globo por igual —necesidad constante de acumulación en un contexto de competencia, tendencia a la concentración y centralización del capital, polarización progresiva entre el capital y el trabajo, (Marx, 2017a) tendencia decreciente de la tasa de ganancia (Marx, 2017b)— pero tienen efectos diferentes sobre las distintas formaciones sociales. Así, se configura una economía global heterogénea, dividida en regiones que desempeñan funciones diferentes y que se articulan de forma específica en el mercado mundial, en la que el desarrollo de las formaciones sociales periféricas se subordina a las necesidades de los capitales de las formaciones sociales centrales.

En este trabajo, utilizo los términos “tasa de explotación” y “tasa de plusvalor” como sinónimos:³ ambos hacen referencia a la proporción entre el plusvalor p , es decir, la parte de la jornada laboral en la que se produce el plusvalor, y el trabajo necesario v , la parte de la jornada laboral en la que se produce el valor de las mercancías que forman parte de la reproducción de la fuerza de trabajo, es decir, el salario pagado por el capitalista. Así, la tasa de plusvalor, como relación entre el trabajo impagado el trabajo pagado, expresada como p/v , «es la expresión exacta del grado de explotación de la fuerza de trabajo por el capital» (Marx, 2017a, p. 281).

Por su parte, la tasa de ganancia hace referencia a la relación entre el plusvalor p y el total del capital adelantado (capital constante c + capital variable v), y se expresa como $p/(c+v)$ (Marx, 2017a). Indica la proporción entre el total del capital invertido, y el beneficio que se extrae, y es, por ello, el indicador más importante para los y las capitalistas.

La subordinación de las economías periféricas a las economías centrales, que constituye la base del imperialismo, se concreta en la existencia de tasas de explotación diferenciadas entre unas regiones y otras, en un acceso desigual al consumo (es decir, que el grueso de las mercancías producidas a nivel global se consumen en unas regiones concretas), y en unas transferencias sistemáticas de valor desde unas formaciones sociales a otras, en las que las economías más débiles salen perjudicadas en favor de aquellas más poderosas. De este modo, el subdesarrollo de unas economías es condición del desarrollo de otras. Esto genera divisiones en el proletariado mundial, pues la clase trabajadora del centro se beneficia de la mayor explotación de la clase trabajadora en la periferia. Esta configuración, aunque no se agote en esa distinción, separa a grandes rasgos un centro de países imperialistas, el llamado Norte Global u Occidente, y una periferia de países explotados, el Sur Global, que agrupa a la gran mayoría de la población mundial.

³ No obstante, como señala Smith (2019b, pp. 12-13), estos dos términos pueden no ser equivalentes, pues no toda explotación se enmarca en una relación asalariada. Los trabajadores por cuenta propia, por ejemplo, pueden estar muy explotados, pero estrictamente no generan plusvalía. Dado que para nuestro análisis no resulta relevante, obviaré esta precisión.

Configuración de la economía global y división internacional del trabajo

En el último siglo, el modo de producción capitalista se ha generalizado en todo el mundo. Este hecho, junto a otras transformaciones políticas, económicas y técnicas de las últimas décadas,⁴ ha propiciado una reorganización de la división internacional del trabajo y, en concreto, un importante cambio del que hay que dar cuenta al tratar de comprender el imperialismo en la actualidad: la deslocalización de gran parte de la producción industrial al Sur Global.

La deslocalización es el fenómeno por el cual una parte del proceso productivo se traslada a otro territorio. Aunque puede darse por diversas razones, la mayoritaria, y la que aquí nos interesa, es aquella que se produce con el objetivo de ahorrar costes, principalmente buscando un precio menor de la fuerza de trabajo, aunque también debido a una legislación laboral y medioambiental más favorable o a tipos impositivos más bajos.

En las últimas décadas, gran parte de la producción industrial, y especialmente la producción manufacturera, se ha trasladado del Norte al Sur Global. Se ha conformado una economía global cada vez más integrada, en la que los países de la periferia han experimentado, en las últimas décadas, una industrialización orientada a la exportación hacia los países del Norte Global, donde se concentra el consumo. Sin embargo, este proceso de industrialización no ha acabado con la distinción entre centro y periferia. Por el contrario, ha sido un paso más dentro del fenómeno de “desarrollo del subdesarrollo” del que habló en su día Günter Frank (1967), que se apoya precisamente en las diferencias estructurales que existen entre las economías de las distintas formaciones sociales, al tiempo que reproduce esas mismas diferencias.

¿Cómo se organiza, en la actualidad, la economía global? En el centro de la economía mundial encontramos unas economías con capitales muy grandes y poderosos, que experimentaron una industrialización temprana, y que están muy desarrolladas tecnológicamente. Controlan los procesos productivos, especialmente los de las mercancías más complejas. En las últimas décadas, estas economías han deslocalizado a la periferia las partes de sus procesos productivos que requieren un uso intensivo de mano

⁴ De estas, las más relevantes son la caída de la Unión Soviética y el fin del mundo bipolar, el desarrollo del neoliberalismo y la eliminación de las trabas al libre comercio internacional y la movilidad de capitales, el desarrollo de las tecnologías de la comunicación y la información y el abaratamiento del transporte aéreo y marítimo.

de obra, manteniendo para sí las partes ligadas a la creación y diseño de las mercancías, así como a su comercialización y distribución. Estas economías están marcadamente terciarizadas, aunque se reservan para sí la producción de las mercancías tecnológicamente más avanzadas y estratégicas (industria pesada, alta tecnología, industria armamentística y farmacéutica, principalmente).

Por el otro lado, la periferia de la economía mundial, que antes se dedicaba fundamentalmente a la exportación de materias primas, se especializa ahora también en la exportación de manufacturas y productos semielaborados, y especialmente, como decíamos, en aquellas fases del proceso productivo que requieren un uso intensivo de mano de obra. Sus capitales no tienen el control sobre las cadenas de producción en las que están insertos, pues sólo se encargan de algunas fases de las mismas. Importan de las economías centrales industria pesada, armamentística, alta tecnología, así como las manufacturas que se ensamblan en la periferia pero que pertenecen a capitales occidentales. Las economías periféricas, de este modo, se insertan en la economía mundial por su especialización no en la producción de determinadas mercancías, sino en fuerza de trabajo barata. Y compiten entre ellas por esa especialización, forzándose a bajar su precio todavía más para atraer capitales y ser competitivas.

El consumo también se distribuye diferencialmente. Entendemos el consumo como una parte más del proceso de acumulación del capital. Es su último paso, el momento en el que se realiza el valor contenido en las mercancías, y de este modo vuelve a tornarse en capital. En la economía global, el consumo se concentra en el Norte Global, mientras que los bajos salarios del proletariado de las economías periféricas limitan sustancialmente su posibilidad de consumo. Esta distribución desigual del consumo perpetúa la división internacional del trabajo. Al concentrarse el consumo en el centro, los capitales del Sur tienen mucho más difícil controlar la comercialización y distribución de sus mercancías, y quedan a merced de los capitales del Norte. Además, como no dependen de su propia fuerza de trabajo para el consumo de sus mercancías, pueden hacer descender los salarios todo lo que sea necesario.

Los mecanismos de la deslocalización

Existen dos mecanismos fundamentales que posibilitan y mantienen la división internacional del trabajo imperialista. El primero es la restricción de la movilidad de la

fuerza de trabajo global, en contraposición a la libre movilidad de la que goza el capital. El segundo es el desempleo estructural en los países de la periferia, que hunde el precio de la fuerza de trabajo (Smith, 2016).

¿Por qué se produce la deslocalización? ¿Por qué se configura de esta forma la división internacional del trabajo? La respuesta es intuitiva, pero a la vez contiene el núcleo de la explicación del imperialismo en la actualidad: porque los capitales, impelidos por la competencia, buscan reducir sus costes para aumentar su tasa de ganancia. El capital, que tiene libertad de movimiento por todo el mundo, se desplaza allí donde encuentra unas condiciones más favorables, y en especial, una fuerza de trabajo más barata, tanto por su bajo coste, con salarios que apenas cubren las necesidades más básicas de subsistencia, como por la legislación laboral favorable. Pero, a diferencia del capital, la fuerza de trabajo de la periferia no tiene movilidad, y no puede desplazarse a donde existen unas mejores condiciones. Occidente se amuralla y bloquea sus fronteras, levanta vallas y muros, pacta con sus vecinos periféricos para que hagan de policías y se encarguen del trabajo sucio, y para aquellas personas que logran salvar todos estos obstáculos sin morir en el intento, fleta vuelos de deportación. Mientras los flujos de capital pueden dirigirse allí donde les resulte más conveniente, poniendo en competición tanto al resto de capitales como a la fuerza de trabajo global, el proletariado de la periferia, y especialmente aquel no cualificado, no dispone de libertad de movimiento. No puede desplazarse a otros países donde el capital ofrece unas condiciones más favorables, sino que, para sobrevivir, ha de aceptar los términos que le son impuestos por los distintos capitales en su propio país.

La supresión de la libre movilidad de la fuerza de trabajo de la periferia se combina con un desempleo estructural y masivo. A pesar del crecimiento económico, ninguna economía periférica ha sido capaz de dar empleo a la gran cantidad de jóvenes entrando al mercado laboral y migrando desde el campo. Las altísimas cifras de empleo informal en los países no occidentales dejan patente esta situación. Bellamy Foster (2015) afirma que en 2011 la población activa a nivel global se componía de 1400 millones de personas, mientras que el ejército de reserva global alcanzaba los 2400 millones, sumando a la población desempleada, económicamente inactiva y subempleada en trabajos precarios, ubicada en su mayoría en el Sur. El resultado de esto es un desempleo masivo, miseria y presión a la baja en los salarios.

Este fenómeno se corresponde con lo que Marx analizó en el *Capital* como la existencia de una “sobre población relativa” o ejército industrial de reserva, entendida como «una población obrera relativamente excedentaria, esto es, excesiva para las necesidades medias de valorización del capital y por tanto superflua» (Marx, 2017a, p. 720, énfasis en el original). La sobre población opera como «palanca de la acumulación capitalista» (p. 722), y cumple dos funciones fundamentales: por un lado, pone a disposición de las necesidades variables del capital una reserva de trabajadores y trabajadoras, de modo que sea siempre posible aumentar la demanda de fuerza de trabajo sin costes adicionales; por otro lado, ejerce una presión a la baja sobre los salarios, y, en general, sobre la capacidad negociadora del trabajo frente al capital.

Esta fuerza de trabajo, además, está marcadamente feminizada. Como indica Smith (2016), siguiendo los trabajos de autoras como María Mies y Mary-Alice Waters, la industrialización orientada a la exportación se ha llevado a cabo con mano de obra mayoritariamente femenina. El capital tiende a incorporar a la fuerza de trabajo a sectores de la población pertenecientes a categorías sociales oprimidas, pues el precio de su fuerza de trabajo puede ser reducido respecto al del trabajador medio, es decir, pueden ser sometidos a una explotación mayor. Esto es lo que ocurre con la mano de obra femenina, cuyo trabajo se presenta como “trabajo complementario” respecto al del “cabeza de familia”, ya sea el padre o el marido, y así se remunera a un precio más bajo (Mies, 1986, citada en Smith 2016). De este modo se presiona a la baja la totalidad de los salarios, en un proceso que muchas veces acaba concluyendo con la reincorporación de la fuerza de trabajo masculina una vez que sus salarios se han igualado a la baja respecto a los de las mujeres. Como señala Mies, «esto no es un efecto colateral accidental de la nueva división internacional del trabajo, sino una condición necesaria para su buen funcionamiento» (Mies, 1986, p. 118-20, citada en Smith, 2016, p. 127, traducción propia).

La otra cara de la moneda: la migración y los circuitos de movilidad de la fuerza de trabajo internacional.

Desde esta perspectiva, la migración aparece como la otra cara del fenómeno de la deslocalización. A pesar de lo que hemos dicho, la movilidad de la clase trabajadora no se restringe por completo, sino que se encauza por aquellos circuitos que son convenientes para la valorización del capital. Se constituyen así una multiplicidad de vías, tanto

formales como informales, por las cuales circula la fuerza de trabajo migrante. Los trabajadores y trabajadoras migrantes cumplen la misma función que la deslocalización: posibilitan tasas de explotación, es decir, de plusvalía, más altas, mejorando la competitividad de los capitales. La diferencia es que, mientras que en la deslocalización es el capital el que se desplaza allí donde la fuerza de trabajo puede ser más explotada, con la migración es la propia fuerza de trabajo la que se traslada al lugar donde se encuentra el capital (Smith, 2016).

Así, en las economías desarrolladas, los sectores del capital con menor movilidad y que hacen un uso más intensivo de la fuerza de trabajo, como el sector primario, o como algunos subsectores del sector terciario, recurren a los y las inmigrantes para abaratar costes y aumentar su tasa de ganancia. En general, en aquellos trabajos más duros, peor remunerados o con condiciones laborales más precarias, existe una mayor proporción de trabajadores/as inmigrantes, pues la situación de incertidumbre e inseguridad que viven las personas migrantes de clase trabajadora, asentada por las leyes de extranjería y por el racismo y la xenofobia de las sociedades occidentales, disminuye su capacidad negociadora frente al capital.

Estos circuitos de movilidad de la fuerza de trabajo de la periferia global funcionan también como válvula de escape en sus países de origen, dónde muchas veces el paro y la pobreza alcanzan niveles insostenibles. La emigración de una parte de la población activa alivia los niveles de desempleo y crea enormes flujos de capital desde las metrópolis a las economías en desarrollo, al enviar los trabajadores y trabajadoras migrantes gran parte de sus ingresos a las familias en sus países de origen.⁵

No toda la fuerza de trabajo de la periferia accede a los mismos circuitos. Mientras la fuerza de trabajo menos cualificada ve restringida su movilidad, o encauzada hacia los sectores con peores condiciones y salarios, las economías desarrolladas promueven la llegada de trabajadores y trabajadoras altamente cualificadas desde la periferia, como médicos/as, ingenieros/as y/o investigadores/as. Adquieren de esa forma un capital que

⁵ Según cifras del Banco Mundial (Ratha et. Al, 2020), en 2019 las remesas enviadas por los emigrantes a sus familias constituyán el 8,1% del PIB de la República Dominicana, el 13,2% del PIB de Nicaragua, el 21,0% del PIB de El Salvador, y el 37'1% del PIB de Haití. No obstante, aunque proporcionalmente conformen un porcentaje menor de su PIB, los países que más remesas recibieron fueron aquellos con mayores diásporas, siendo el primero India (con 83.131 millones de dólares, un 2,8% de su PIB) y el segundo China (con 68.398 millones de dólares, equivalente al 0,5% de su PIB). En total, las remesas que recibieron los países en desarrollo en 2019 alcanzaron los 548 mil millones de dólares, superando la inversión extranjera directa (534 mil millones) y triplicando el total de las ayudas al desarrollo que estos países recibieron (aproximadamente 166 mil millones).

es escaso y valioso, al tiempo que se ahorran los costes de educación y preparación de esos/as profesionales. Las economías más débiles ven así emigrar al sector más cualificado de su fuerza de trabajo hacia economías más sólidas y mejor posicionadas en la economía global. La única forma de evitar esta “fuga” es ofrecer condiciones laborales y salarios tan altos como los de las economías más desarrolladas, lo cual, por supuesto, está al alcance de muy pocos países.

Producción del valor: diferencias salariales y tasa de explotación

¿Dónde radica el carácter imperialista de esta economía mundial que hemos delineado? ¿Cómo se produce la explotación de unas naciones por parte de otras? La respuesta a esta pregunta, como hemos adelantado en la definición del imperialismo del primer apartado, comprende tres fenómenos que en realidad no son más que expresiones de un mismo proceso, la acumulación de capital a escala global: la existencia de tasas de explotación diferentes, de un consumo desigual, y de transferencias sistemáticas de valor entre el centro y la periferia de la economía mundial.

El fenómeno de la deslocalización se funda en las diferencias entre la tasa de plusvalía de los diferentes países. El hecho de que los salarios sean sistemáticamente más bajos en las economías de la periferia que en las del centro, implica la existencia de tasas de explotación diferenciadas entre el Norte y el Sur Global. Esta es una de las tesis fundamentales de Smith (2017), que basa su análisis del imperialismo en la categoría de *superexplotación*.

Para Smith (2016) y para Marini (1977), el concepto de “superexplotación” hace referencia al cuánto y al qué de la explotación, es decir, a su magnitud y a su clase. En primer lugar, alude a la existencia de tasas de plusvalor sistemáticamente más elevadas en la periferia que en el centro de la economía mundial. En segundo lugar, hace referencia al tipo de plusvalor concreto que acompaña a esas mayores tasas de explotación. Mientras que, en términos generales, en el Norte Global prima la extracción de plusvalía relativa, la superexplotación implica una extracción de plusvalía mediante el aumento de la intensidad del trabajo, la prolongación de la jornada laboral y, sobre todo, mediante la reducción del precio de la fuerza de trabajo por debajo de su valor, es decir, la reducción de los salarios, y con ello del consumo de la clase trabajadora.

Normalmente, se distingue entre dos tipos de plusvalor, de acuerdo al mecanismo mediante el que son producidos (Marx, 2017a, cap. 10). El primero de ellos, el plusvalor absoluto, se origina mediante la prolongación de la jornada laboral más allá del límite del trabajo necesario. El segundo, el plusvalor relativo, se produce reduciendo el valor de las mercancías necesarias para la reproducción de la fuerza de trabajo (o sea, de las mercancías cuyo valor cubre el salario del trabajador/a), aumentando de esta forma la proporción entre el plustrabajo y el trabajo necesario. Esto se logra, según Marx, mediante el aumento de la productividad, que abarata el valor individual de las mercancías.

Sin embargo, existe un tercer tipo de plusvalor, que consiste en la reducción del salario por debajo del valor de la fuerza de trabajo. Marx hace referencia a este tipo de plusvalor en algunos pasajes de *El Capital* concediéndole «un papel importante» en «el movimiento práctico del capital» (Marx, 2017a, p. 689),⁶ aunque no lo desarrolla en profundidad. Smith y Marini resaltan la importancia de este tercer tipo de plusvalor, y lo conectan con la categoría de superexplotación, tratando de poner el foco en el principal problema que se haya en el corazón del imperialismo: la desigualdad de los salarios y los niveles de consumo entre la clase trabajadora del Norte y del Sur Global.⁷

Smith incide de esta forma en el quebrantamiento de la igualdad del proletariado global, quebrantamiento que se refleja en los distintos valores de su fuerza de trabajo, y que está en la base del imperialismo (Smith, 2019b, p. 19). Los diferentes valores de la fuerza de trabajo internacional no pueden explicarse aludiendo únicamente al componente “moral e histórico” de la reproducción de la fuerza de trabajo, ni tampoco a las diferencias de productividad de las distintas formaciones sociales. Los diferentes valores de la fuerza de trabajo internacional se explican principalmente, dice Smith, por la intensidad de la opresión y subyugación del proletariado de cada formación social, incluyendo los niveles de represión de los y las capitalistas y del Estado, el grado de organización de la clase trabajadora, la existencia estructural de una sobrepoblación relativa, y la supresión de la movilidad de la clase trabajadora (Smith, 2019b, p. 15). Esta subyugación del proletariado es el reflejo de la lucha de clases nacional e internacional, así como del contexto en el que se produce esta lucha de clases. Mientras que en las formaciones sociales centrales la posición dominante de los capitales y su inserción en la economía global les ha permitido

⁶ También hay referencias a este tipo de plusvalor en Marx, 2017a, pp. 387, 511, 523.

⁷ En el *Anexo I* desarrollo brevemente cómo entiendo exactamente este tipo de plusvalor en relación a la noción de valor de la fuerza de trabajo y de superexplotación.

históricamente elevar los salarios y hacer concesiones a la clase trabajadora, en las formaciones sociales periféricas la posición subordinada de los capitales les impele a forzar la superexplotación de la fuerza de trabajo.

Diferencias salariales y su relación con la productividad

Estas tesis, que explican las diferencias salariales entre el centro y la periferia de la economía mundial como diferencias en la tasa de explotación y en el modo en que se extrae el plusvalor del proletariado mundial, chocan con la interpretación de las diferencias salariales entre países que hacen otros/as intelectuales marxistas. Aunque con variaciones, su argumento principal es que las diferencias salariales entre el centro y la periferia se deben a las diferencias en la productividad general de las distintas formaciones sociales. Así, la productividad más elevada de los países capitalistas industrializados explicaría la existencia de salarios mucho más elevados, frente a la baja productividad y los bajos salarios en los países subdesarrollados. Los altos salarios de Occidente, incluso, serían compatibles con tasas de plusvalía mucho más elevadas, lo que conllevaría hablar de una mayor explotación del proletariado en el Norte que en el Sur Global (Gill, 2002, pp. 459-460, Bettelheim, 1973, pp. 229-230). Bettelheim, en su polémica con Arghiri Emmanuel, deja clara su postura:

En general, éstas [la intensidad y la productividad del trabajo] aumentan con el desarrollo del modo de producción capitalista. En consecuencia, en cada país que participa de una determinada producción, se producen, en un mismo tiempo de trabajo, cantidades diferentes de una misma mercancía. En el mercado internacional, teniendo estas mercancías un mismo precio unitario, que es su «precio mundial», los trabajadores de los países capitalistas más desarrollados producen en un mismo tiempo más valor, expresado en dinero, que los obreros de los países capitalistas menos desarrollados. (1973, pp. 228-229)

Bettelheim se apoya en la noción de “trabajo potenciado” que Marx introduce en *El Capital*. Para Marx, cuando un capital, o una serie de capitales individuales, debido a una innovación tecnológica, logran una productividad del trabajo mayor que la media (es decir, producen a un tiempo menor que el tiempo de trabajo socialmente necesario), no generan más valor, pero al repartir el mismo valor entre un mayor número de mercancías, sí abaratan el valor individual de sus mercancías. Pero como esta innovación no se ha generalizado en el ramo, y sólo está a disposición de un segmento de los capitales que

producen esa mercancía (no ha variado el tiempo de trabajo socialmente necesario para fabricar esa mercancía), pueden seguir vendiéndolas al mismo precio, y de este modo apropiarse de una mayor cantidad de plusvalor (Marx, 2017a, cap. 10).

No obstante, este argumento no permite explicar las enormes diferencias salariales que existen entre el centro y la periferia. Para empezar, no hay ninguna razón por la que una mayor captación de valor en el Norte Global tuviera que traducirse en salarios más elevados, aunque sí implicaría una mayor tasa de explotación. Pero es que esa mayor captación de valor, tal y como se describe en *El capital*, no es válida en este caso. El trabajo potenciado o despotenciado de acuerdo a diferencias en la productividad, como señala Smith, sólo es aplicable a las diferencias en las productividades del trabajo para la producción de una misma mercancía, en ningún caso a las diferencias de productividad entre ramos diferentes (Smith, 2019b). Y, como hemos visto, en general el Norte y el Sur no compiten en la producción de las mismas mercancías (Smith, 2016), pues ocupan lugares diferentes en la división internacional del trabajo. Si tanto los capitales del centro como los de la periferia producen de acuerdo a la productividad media de su ramo, el hecho de que los capitales localizados fundamentalmente en el Norte tengan una mayor composición orgánica⁸ del capital (que no una mayor productividad, dado que esta no es comparable entre distintos sectores) no significa que generen más valor. Por lo demás, y como ya se ha dicho, el aumento de la productividad, tal y como la entiende Marx, no conlleva un aumento del plusvalor producido, sino únicamente de la cantidad de bienes de uso entre los que se distribuye un mismo tiempo de trabajo (Marx, 2017a).

Otra posible vía de explicación de las diferencias salariales mediante las diferencias de productividad no se centra en las diferencias de productividad entre capitales individuales dentro del mismo ramo, sino que pone el acento en la productividad general media de las economías desarrolladas y de las subdesarrolladas, entendiéndolas como espacios de valor diferenciados. Si entendemos las formaciones sociales del centro y las formaciones sociales de la periferia como espacios económicos separados, partiendo de que el valor no es más que el tiempo de trabajo en su equivalencia con el resto de tiempos de trabajo, un espacio de valor con una productividad media mucho más baja que

⁸ El concepto de composición orgánica hace referencia a «la proporción en que el capital se divide en capital constante, o valor de los medios de producción, y capital variable, o valor de la fuerza de trabajo, suma global de los salarios» (Marx, 2017a, p. 703).

otro debería tener salarios reales más bajos, pues costaría mucho más tiempo de trabajo fabricar las mercancías que constituyen el consumo del trabajador o trabajadora.⁹

Sin embargo, las formaciones sociales del centro y de la periferia nunca han sido espacios de valor aislados, y ahora menos que nunca. Ya en el siglo XIX, la industrialización de las primeras naciones capitalistas se apoyó en los bajos precios de las materias primas que importaban de Latinoamérica y Oriente (Marini, 1977), e incluso antes, la acumulación originaria que antecedió al inicio del capitalismo bebió de la explotación y el saqueo de América (Wallerstein, 2011). La economía mundial ha sido y es marcadamente interdependiente. De hecho, una parte fundamental de los productos que constituyen hoy en día la cesta de consumo de la clase trabajadora occidental son fabricados en la periferia, donde la superexplotación del proletariado permite abaratar los precios de las mercancías, y aumentar de ese modo el plusvalor relativo que se extrae en Occidente (Smith, 2016, p. 45, 2019b, pp. 15-16).

Tampoco parece sólido apelar a la productividad para explicar las diferencias salariales cuando en Occidente se ha expandido el sector servicios (donde las diferencias de productividad son difícilmente apreciables, y donde la composición orgánica del capital es baja), y gran parte del sector primario y secundario se ha deslocalizado a la periferia (y del que se mantiene aquí, una parte es económicamente sostenible por el uso de mano de obra migrante). Por último, si la productividad fuera marcadamente más baja en la periferia, no habría razones para trasladar allí la producción, igual que no hay razones para suponer que las empresas que lo hacen se limiten a utilizar maquinaria deficiente, en vez de utilizar toda la tecnología a su disposición para aumentar la rentabilidad todavía más.

No es posible afirmar, en definitiva, que la productividad esté en el origen de las diferencias salariales entre centro y periferia. Aunque no se puedan descartar como un factor más que tenga cierta influencia, en ningún caso puede encontrarse en ellas la explicación principal a este fenómeno. Como hemos visto, las diferencias salariales entre el proletariado mundial que se hayan en la base del imperialismo son fruto de la mayor explotación de los trabajadores y trabajadoras del Sur Global, de la que también se beneficia, indirectamente, el proletariado occidental. Muchos de los autores/as que niegan esta tesis (como Bettelheim, 1973 y Astarita, 2009) lo hacen movidos por una

⁹ Este es uno de los argumentos que da Astarita (2009).

preocupación política por la división de la clase trabajadora global, temiendo admitir la existencia de una divergencia entre los intereses de los y las trabajadoras del Sur y del Norte, o buscando combatir las tendencias nacionalistas que en ocasiones han mantenido los movimientos políticos de la periferia. Pero al negar el problema lo naturalizan, y vuelven invisible la singularidad de la explotación que sufre la clase trabajadora de la periferia. Además, niegan también la historia: pues explicar la divergencia de salarios en base a la productividad ignora el desarrollo histórico que ha culminado con la articulación subordinada de las formaciones sociales de la periferia, así como la historia de la lucha de clases y la agencia del proletariado, que tuvo un papel fundamental en que, en Occidente, la clase trabajadora mejorara sus condiciones de vida y disminuyera su tasa de explotación (Smith, 2019b, p. 6).

Distribución del valor: transferencias de valor e intercambio desigual

Que la tasa de explotación sea más elevada en el Sur Global no es suficiente por sí solo para explicar la configuración imperialista del capitalismo. Más allá de que esta mayor explotación permita un mayor consumo en el centro, al tiempo que aumenta la extracción de plusvalía relativa, no tendría por qué conllevar diferencias de desarrollo tan pronunciadas como las que se dan entre centro y periferia y que, en vez de reducirse, parecen ir acentuándose con el tiempo. De hecho, los capitales de la periferia, con una mayor tasa de plusvalía, deberían ser más dinámicos y competitivos que los del centro global. ¿Qué ocurre aquí? Si hasta este momento hemos investigado cómo se produce el valor a escala mundial, ahora hay que preguntarse por cómo se distribuye ese valor. Y es que no todo el plusvalor es captado por los capitales que “lo han producido”, sino que una parte fluye hacia otros sectores en lo que se denomina *transferencias de valor*. Este concepto hace referencia, no a intercambios equivalentes, sino a flujos de valor sin contrapartida, y permite captar cómo los capitales más fuertes y las economías más poderosas se apropián sistemáticamente de una gran parte del plusvalor que producen los trabajadores en capitales y economías más débiles.

Existen distintos tipos de transferencias de valor. Una de las más comunes y más visibles en los últimos años es la deuda, que atrapa a los países con debilidades económicas y se va ampliando año tras año. Si bien es cierto que los países desarrollados

también contraen enormes cantidades de deuda, no deja de ser un mecanismo de transferencia sistemática de los recursos de los Estados al capital financiero internacional.

Otro tipo de transferencias de valor son aquellas que se dan dentro de compañías multinacionales. Dentro de estas, destacan los flujos a través de precios de transferencia en las cadenas de producción global, o las transferencias mediante de inversiones de cartera, así como a través de la repatriación de ingresos provenientes de la inversión extranjera directa. Esta última, que hace referencia a la inversión de capitales por parte de una compañía para adquirir o crear una empresa en el extranjero, continúa aumentando su magnitud, y aunque también es ejercida por capitales de la periferia, la mayor parte de su volumen sigue estando en posesión de capitales radicados en las principales potencias económicas (Roberts, 2019).

Sin embargo, el principal mecanismo por el que el valor es transferido desde la periferia hacia el centro es mucho menos visible: consiste en el *intercambio desigual* a través del comercio internacional. Desde la década de los 60, cuando fue teorizado por Emmanuel (1973), este concepto fue ganando relevancia, y aunque todavía despierta grandes polémicas dentro del pensamiento marxista, resulta fundamental para explicar la desigualdad creciente entre espacios económicos y la distribución del valor a escala global.

La teoría del intercambio desigual defiende que, en los intercambios comerciales entre países del centro y de la periferia, no se comutan valores iguales, sino que sistemáticamente las economías desarrolladas obtienen más valor del que entregan, produciéndose de este modo una transferencia sostenida de valor desde la periferia al centro de la economía global. El intercambio desigual ha sido planteado de modos muy diferentes por diversos autores y autoras. En este trabajo quiero presentar dos concepciones alternativas del mismo, la desarrollada por Emmanuel (1973), que explica el intercambio desigual en base a las diferentes composiciones orgánicas de capital y tasas de plusvalía, y la que lo explica en base a las diferencias de poder entre capitales (monopolio), apoyada por autores como Amin (1975) y Smith (2016, 2019b). Ambas están, en todo caso, estrechamente relacionadas, y permiten explicar cómo el plusvalor extraído en la periferia va a parar a manos de los capitales occidentales.

Intercambio desigual debido a la igualación de la tasa de ganancia

Antes de explicar cómo funciona el intercambio desigual tal y como lo concibe Emmanuel, es necesario detenerse en algunos puntos importantes relativos a la transformación de la plusvalía en ganancia, que explica Marx en el tercer libro de *El Capital*.

Recordemos que el coste real de la mercancía está determinado por su valor, es decir, por el tiempo de trabajo total que conlleva su producción (y que se divide entre el capital constante consumido + el capital variable consumido + el plusvalor). Sin embargo, para el/la capitalista las cosas no aparecen de este modo. Dado que el tiempo de trabajo que constituye el plusvalor no le cuesta nada al capitalista, para él/ella el coste de producción de la mercancía aparece, no como gasto de trabajo, sino como gasto de capital (Gill, 2002). La categoría *coste de producción* alude a este gasto de capital que conlleva la producción de cada mercancía o, dicho en palabras de Gill, «a los elementos de valor de la mercancía que reemplazan el capital gastado en su producción» (p. 14).

La tasa de ganancia, que, recordamos, expresa la relación entre el plusvalor y el total del capital adelantado, no se aplica de forma directa a los capitales individuales. Estos no fijan su tasa de ganancia atendiendo al valor que estrictamente genera su fuerza de trabajo, sino que, tratando de captar la mayor cantidad de valor posible, establecen sus precios atendiendo al máximo valor que la demanda es capaz de realizar, en un contexto de competencia con otros/as capitalistas que también buscan colocar sus mercancías obteniendo la mayor tasa de ganancia posible. De este modo, las diferentes tasas de ganancia tienden a igualarse, no sólo intrarramo, sino también entre los distintos sectores.

Todos los capitales individuales forman parte del capital social global, y se relacionan entre sí por la interdependencia de sus actividades, pero también por la feroz competencia, que los lleva a desplazarse allí donde hay oportunidades de inversión más rentables. Como explica Gill (2002), este movimiento implica una tendencia a la igualación de las tasas de ganancia, y a la formación de una tasa de ganancia media. Esto no debe entenderse como que todos los capitales tengan que tener, de forma mecánica, la misma tasa de ganancia, como si fuera una especie de constante estable. Lo que quiere decir es que, debido a la ausencia de equilibrio intrínseca al modo de producción capitalista, y a la existencia de tasas de ganancia diferentes en constante competencia, los capitales tienden a confluir en una tasa de ganancia media, tasa de ganancia media de la

que sin embargo se despegan continuamente en el movimiento de la pugna competitiva, empujándola de ese modo hacia nuevos equilibrios.

En consecuencia, independientemente de su composición orgánica, los capitales individuales tienden a tener una tasa de ganancia similar. Esto significa que no venden las mercancías a su valor (el tiempo total de trabajo socialmente necesario que conlleva su fabricación) sino al *precio de producción*, resultado de añadir la ganancia, derivada de la tasa de ganancia media, al coste de producción (Gill, 2002).

En su teorización del intercambio desigual, Emmanuel aplica estas categorías al análisis del intercambio entre países de centro y periferia. Las formaciones sociales centrales, debido a su articulación en la división internacional del trabajo, tienen una composición orgánica superior a la de las formaciones sociales periféricas. En otras palabras, los capitales de los países occidentales invierten, de media, un mayor porcentaje en la compra de capital constante que en la compra de capital variable (que es el único que realmente genera plusvalor), lo cual debería conllevar, si estas se determinaran a nivel individual, tasas de ganancia relativamente reducidas. Inversamente, los capitales de los países periféricos, invierten, de media, un porcentaje mucho mayor en capital variable, y un porcentaje menor en capital constante, lo que debería suponer una tasa de ganancia más elevada. Pese a ello, suponiendo una tecnología estándar y una intensidad del trabajo igual, debido a la acción de la competencia internacional de los capitales a nivel global, la tasa de ganancia de los capitales del centro y de la periferia se equipara, aumentando la primera y disminuyendo la segunda. Como resultado, los capitales periféricos venderán, en términos generales, a precios de producción inferiores al valor generado, mientras que, por el contrario, los capitales centrales venderán a precios de producción superiores, produciéndose de este modo una transferencia sistemática de valor desde la periferia hacia el centro.¹⁰ La *tabla 1*, en el *Anexo 2*, presenta un ejemplo de transferencia de valor de esta clase.

Sin embargo, no es a esto a lo que Emmanuel se refiere con el concepto de intercambio desigual. Aunque este fenómeno implique efectivamente transferencias de valor, Emmanuel considera que estas transferencias son inherentes a todo intercambio en condiciones capitalistas, independientemente de que se produzcan en el interior de una

¹⁰ Hasta aquí el alcance del intercambio desigual tal y como lo conciben Roberts y Carchedi (Roberts, 2019).

economía nacional o en intercambios internacionales, e independientemente de que estos se lleven a cabo entre formaciones sociales de centro, de periferia, o entre centro y periferia (Vidal Villa, 1976).

El intercambio desigual en sentido estricto al que se refiere Emmanuel se produce cuando en estos intercambios se introduce una nueva variable, una variable absolutamente diferencial entre el Norte y el Sur Global: el precio de la fuerza de trabajo, y consecuentemente, como ya hemos visto, la tasa de explotación. Las diferencias entre la tasa de explotación del centro y de la periferia acrecientan significativamente la magnitud de las transferencias, como se puede apreciar en el *Anexo 2, tabla 2*, en la que el ejemplo anterior se modifica para tener en cuenta la mayor tasa de explotación en las economías periféricas.

Esto es así porque la tendencia general hacia una tasa de ganancia media implica que la remuneración del capital se produce respecto a la masa total de capital invertido, independientemente de la composición orgánica y de la tasa de explotación (Marx, 2017b). Una inversión baja en capital variable (debido al bajo precio de la fuerza de trabajo) no implicará por tanto unos mayores beneficios, sino una menor magnitud total de capital sobre la que derivar la ganancia.¹¹

Monopolios e intercambio desigual

Si analizamos la economía mundial, saltan a la vista las diferencias de poder entre los capitales del centro y de la periferia. Muchas de estas diferencias pueden ser analizadas en términos de monopolio, ya sea en el ámbito de la producción, o en el ámbito de la distribución. En el primero se inscribiría el dominio tecnológico de los países occidentales, que concentran la mayoría de las patentes a nivel global, y que pueden, por ello, fijar precios de venta elevados para países que no tienen ninguna otra forma de

¹¹ Esto, que puede parecer contradictorio, no ha de entenderse en sentido diacrónico, sino sincrónico. Si tomamos un corte en el tiempo, y analizamos las ganancias de los capitales, al situarse, por término general y debido a la presión del imperativo de competencia, en torno a una tasa de ganancia media, su remuneración dependerá de la magnitud de cada uno de ellos. Por el contrario, si analizamos los capitales a lo largo del tiempo, observamos que estos intentan constantemente mejorar su tasa de ganancia, y que, tanto aumentar la productividad (aumentando normalmente con ello la composición orgánica del capital), como aumentar la tasa de explotación, son mecanismos convenientes para ello. Es debido precisamente a que la tasa de ganancia es móvil, y al dinamismo de los capitales que buscan constantemente aumentarla en relación a sus capitales competidores, que se produce la tendencia hacia la constitución de una tasa de ganancia media.

conseguir esas mercancías. El monopolio sobre la distribución, por su parte, se relaciona con la hegemonía de los capitales occidentales en el ámbito comercial (a través de la construcción de marcas, del dominio de los mercados, etc.). Debido a su posición predominante, estos capitales pueden establecer condiciones injustas a los capitales más débiles que participan en sus cadenas de producción globales, obligándoles a producir a precios por debajo de la tasa de ganancia media.

La cuestión de los monopolios y su relación con el imperialismo viene de lejos. El mismo Lenin definió el imperialismo como fase monopolista del capitalismo (Lenin, 1974). Pero, ¿qué es exactamente un monopolio? La noción de monopolio hace referencia a la negación de la competencia. El capital o agrupación de capitales que ostentan una posición monopolista se sustraen del que es el elemento rector, el imperativo principal del modo de producción capitalista: la competencia entre capitales. Esto les permite conseguir beneficios extraordinarios, es decir, tasas de ganancia superiores a la media, ya sea fijando precios por encima del valor de las mercancías que producen, o forzando a otros capitales implicados en su proceso de producción a operar con tasas de ganancia por debajo de la media.

La tendencia de los capitales hacia el monopolio está ya presente en *El Capital*, donde Marx la incluye entre las leyes fundamentales de acumulación capitalista. Debido a la constante necesidad de aumentar la ganancia para no quedar atrás en la lucha por la competitividad, y como consecuencia de esa misma competencia encarnizada, existe una tendencia de los capitales hacia la concentración y la centralización, dice Marx (2017a). Esta tendencia se traduce en la existencia de capitales cada vez más grandes, y de un número cada vez menor de capitales dominando los diferentes sectores de la producción y el mercado.

Dentro del marxismo, algunas voces se han mostrado muy críticas con la idea del monopolio. Aducen que asumir la primacía de los monopolios, al negar la competencia, no encaja con la ley del valor (Astarita, 2009). Sin embargo, como afirmó Lenin, el monopolio no anula la competencia (Lenin, 1974). La concentración y centralización del capital no implican tanto la existencia de monopolios únicos y totales (aunque en ocasiones puedan llegar a darse, especialmente en lo que respecta a las patentes) como la de una competencia imperfecta u oligopólica, en la que los grandes conglomerados son capaces de marcar la pauta a las empresas más débiles, y de establecer tasas de ganancia más elevadas. Ante esto, los críticos contraargumentan que las tasas de ganancia han de

explicarse por los tiempos de trabajo social, y no por las relaciones de fuerza entre capitales. Dice Astarita:

[...] ¿por qué la tasa de ganancia del monopolio se establece a tal nivel y no a otro? La única respuesta posible remite al poder de mercado y de manipulación de precios de las empresas. O sea, la tasa de ganancia monopólica dependería de las relaciones de fuerzas y no de los tiempos de trabajo social. No hay manera de encajar la ley del valor en este enfoque (Astarita, 2004, p. 191)

Y, efectivamente, como plantea Astarita, las relaciones de fuerza desiguales entre los grandes capitales oligopólicos y los capitales individuales más débiles se traducen en tasas de ganancia monopólicas, y en transferencias de valor de los capitales más débiles a los más fuertes. Pero, como señala el GPM en su crítica a Astarita, esto no implica liquidar la ley del valor, sino hacerla operar en la realidad concreta (GPM, 2007). Es sólo sobre el telón de fondo de las leyes fundamentales de la acumulación capitalista que la debilidad y fortaleza relativas entre capitales competidores permite distribuciones desiguales de valor. Además, las formaciones monopólicas u oligopólicas nunca escapan definitivamente de la competencia: esta sigue asediándolas incansablemente, impulsada por la atracción que ejercen las superganancias. Y es que, como dice Smith, la ley del valor, que en su formulación más básica establece que las mercancías son compradas y vendidas a su valor, emana de los esfuerzos incessantes de los capitalistas individuales por sustraerse a ella (Smith, 2019b).

Tanto el intercambio desigual debido a la tendencia a la igualación de la tasa de ganancia, como los superbeneficios derivados de los monopolios y oligopolios, son fenómenos distribucionales, que permiten entender cómo una parte del plusvalor que produce la clase trabajadora de la periferia, sometida a tasas mucho más altas de explotación, va a parar al Norte Global. Atender por separado, como hemos hecho en este trabajo, a la producción y a la distribución del valor en la economía global, no debe hacernos perder de vista que ambas forman parte de un mismo proceso unitario, la acumulación de capital a escala global, y como tal están indisolublemente ligadas. El momento de la producción no puede explicarse y analizarse al margen del momento de la distribución del valor, y viceversa.

Como explica Marini (1977), la articulación de las formaciones sociales periféricas en la economía mundial ha tenido desde el comienzo un carácter dependiente. La producción capitalista se desarrolló mirando al exterior, la acumulación fue desde el

inicio extravertida, orientada a la exportación (Amin, 1975). Las transferencias de valor desde la periferia hacia el centro se traducen en tasas de ganancia más reducidas para los capitales de la periferia. Estos tratan de compensar la pérdida de ingresos mediante el aumento de la explotación, que es posible precisamente porque la producción está orientada a la exportación, y no depende para su realización de la capacidad interna de consumo. A su vez, la generalización de tasas más altas de explotación estimula la deslocalización, y afianza el carácter exportador de las economías periféricas, que se lanzan a una “carrera hacia el fondo” (Smith, 2016), compitiendo entre ellas por lograr unas tasas mayores de plusvalor, y atraer de ese modo a los capitales occidentales. De este modo, las condiciones que generan la dependencia se reproducen.

Conclusiones

El imperialismo, tal y como lo hemos delineado, es consustancial al modo de producción capitalista operando a nivel global. El capitalismo no se desarrolló en un mundo homogéneo. Las relaciones sociales capitalistas, que habían nacido en Europa, germinaron sobre los surcos que ya había labrado la historia, subsumiéndolos y dotándolos de una nueva vida, de un nuevo espíritu. La fuerza de gravedad del capital y de sus fusiles fue alcanzando progresivamente a las distintas formaciones sociales, articulándolas en su interior, no como réplicas exactas de sí misma, sino como partes diferentes de un todo. Este proceso no fue voluntario ni pacífico. El capital llegó al mundo «chorreando sangre y lodo, por todos los poros, desde la cabeza hasta los pies» (Marx, 2017a, p. 852). Los trabajadores y trabajadoras fueron separados de sus medios de subsistencia, y el mundo se dividió entre poseedores de capital y poseedores de trabajo. Pero también se produjo otra división: aquella existente entre las formaciones sociales dominantes, en las que se desarrolló el capitalismo inicialmente, y el resto del mundo colonizado, sometido al expolio y dominación de las grandes potencias.

De esta Historia emana la economía global en la que hoy estamos insertos. Una economía que articula diferencialmente a las distintas formaciones sociales, y que se estructura mediante tasas de explotación diferenciadas, una distribución desigual del consumo, y transferencias sistemáticas de valor desde la periferia hacia el centro. Aquí radica el fundamento económico del imperialismo. La clase trabajadora de la periferia es sometida a una mayor tasa de explotación, y el plusvalor que genera se reparte entre los

capitales de la periferia y los del centro global. Los beneficios extraordinarios que estas transferencias de valor reportan a los capitales occidentales les permiten reducir la explotación sobre la clase trabajadora del centro, que de este modo puede mantener unos niveles elevados de consumo y así realizar el valor contenido en las mercancías producidas.

A la luz de estos desarrollos, es el momento de retomar los problemas definidos al comienzo del trabajo. El primero de ellos trataba de responder a las posiciones reformistas y nacionalistas dentro del movimiento anticapitalista. La investigación que se ha llevado a cabo en este trabajo debe relacionarse con las críticas estructuralistas y postestructuralistas, aplicadas, no ya al plano del lenguaje y el discurso (*Logos*), sino al análisis materialista de la economía (*Logística*). El imperialismo no puede ser entendido como un atributo *esencial* de determinados Estados, sino como configuración del sistema capitalista global.

El carácter imperialista de los Estados (al igual que su carácter subalterno) depende de su posición en la economía mundial, y no es un hecho fijo y absoluto. No se trata, como parece derivarse de algunas concepciones esquemáticas, de la existencia de dos bloques opuestos, uno de Estados imperialistas y otro de Estados oprimidos, cada uno perfectamente homogéneo en su interior y con una naturaleza inmutable. El modo de producción capitalista constituye un sistema global, y las distintas economías nacionales que lo forman no se distribuyen meramente en dos bloques, sino que conforman una densa red de interrelaciones en la que los Estados y los capitales más fuertes pueden beneficiarse y extraer valor de aquellos más débiles.

Países dependientes, que ostentan una posición subordinada a los capitales de economías más fuertes, pueden llevar a cabo prácticas imperialistas y beneficiarse de transferencias de valor desde países todavía más subordinados en la economía mundial. Aunque sea posible establecer una demarcación general entre centro y periferia, y aunque el reducido grupo de países que ostenta la posición dominante se haya mantenido relativamente estable históricamente y lleve a cabo políticas activas para mantener su posición, el imperialismo no es fundamentalmente un atributo de países concretos, sino la lógica del capital funcionando a escala global.

Las relaciones entre Estados, así como las relaciones entre capitales, tienen un carácter heterárquico, habitan en contradicciones múltiples, en el precario equilibrio que

se establece entre sus fuerzas y dimensiones. De ahí que, bajo el capitalismo, las guerras interimperialistas no puedan eludirse: el imperativo de competencia implica que los distintos capitales y Estados tengan intereses enfrentados, y la competencia, en el fondo, es competencia por todos los medios. El conflicto nunca se ahoga definitivamente, y los choques son inevitables cuando los cambios en el peso y el poder relativo de los distintos Estados tienen que traducirse en nuevos repartos de los mercados y las ganancias.

Desde esta perspectiva, oponerse al imperialismo sin romper con la lógica sistemática del capital no puede ser un objetivo emancipador para la clase trabajadora, pues se reducirá precisamente a forzar nuevos repartos de los mercados y las ganancias para las burguesías nacionales. Los llamamientos a luchar por la soberanía nacional, o a acabar con la dependencia dentro del capitalismo corren el riesgo de caer en posiciones socialchovinistas. Convertirse en un Estado “soberano” o en una economía “de alto valor añadido” dentro del capitalismo sólo es posible escalando a lo alto de la pirámide imperialista. Mientras se mantenga incuestionado el orden de clase, sustentado sobre la propiedad privada de los medios de producción, el Estado representará los intereses capitalistas sedimentados en su seno, y la lucha “por su soberanía” no será más que la lucha por mejorar la posición de esos capitales.

A la inversa, este análisis de la economía mundial también subraya la dificultad de sustraerse a la ley del valor incluso para las economías nacionales que hayan tratado de romper con el capitalismo en su interior. Aún en el caso de que no hubiera una reacción internacional agresiva contra la nueva economía socialista, sin guerra ni bloqueos comerciales (lo cual es imposible), la necesidad de comerciar en el mercado internacional haría inevitable subordinarse a los imperativos de la acumulación de capital a escala global. La nueva economía habría de adaptar su producción a los requerimientos del mercado capitalista internacional, y mantenerse en la pobreza para poder producir a precios competitivos, conseguir divisas y efectuar importaciones. Sólo la superación del capitalismo en un espacio económico suficientemente amplio, que se pueda autoabastecer de todo lo necesario, o comerciar con lo restante desde una posición de fuerza, podrá romper realmente con la ley del valor.

El segundo problema se dirigía a la fractura de la clase trabajadora mundial que entraña el imperialismo. La reducción de la tasa de explotación y la generalización de unos niveles elevados de consumo para el grueso de la clase obrera en el Norte Global han supuesto, en conjunción con otros factores, la adhesión de ésta al proyecto capitalista-

imperialista. Esto no significa que el proletariado occidental deje de estar explotado. De hecho, en los últimos 30 años, como parte de la contraofensiva neoliberal, su explotación ha ido en aumento. No obstante, la situación de la clase trabajadora occidental la predispone hacia unos intereses parcialmente enfrentados a los de la clase trabajadora de la periferia. Esta contradicción de intereses cristaliza en cuestiones concretas pero muy reveladoras, como en la oposición del proletariado occidental a la apertura de las fronteras del centro global.

El anticapitalismo tiene que ser consciente de esta división si quiere abordarla correctamente, y orientar su estrategia en consecuencia. Considero que el actual movimiento revolucionario de los Estados del centro de la economía mundial tiene que entroncar¹² con la clase trabajadora migrante, históricamente privada de voz en Occidente. El proletariado migrante, sometido a una mayor explotación, y excluido, por su procedencia, del Sujeto nacional de los Estados imperialistas, tiene potencial para cuestionar los cimientos del capitalismo imperialista desde un punto de vista internacionalista y global, y crear conexiones entre la clase trabajadora del centro y de la periferia. El movimiento anticapitalista en Occidente no puede excluir a la clase trabajadora migrante. Al contrario, sólo si consigue ser un movimiento *de* la clase trabajadora migrante y *de* la periferia, avanzando hacia la constitución la clase trabajadora global *como clase*, podrá acabar con el sistema capitalista mundial.

Bibliografía

- Amin, S. (1975). *El desarrollo desigual. Ensayo sobre las formaciones sociales del capitalismo periférico*. Fontanella.
- , (1976). *Sobre el desarrollo desigual de las formaciones sociales*. Anagrama.
- Astarita, R. (2004): *Valor, mercado mundial y globalización*. Ediciones Cooperativas.
- , (2009). *Monopolio, imperialismo e intercambio desigual*. Maia Ediciones.
- Bellamy Foster, J. (2015). *El nuevo imperialismo*. El viejo topo.

¹² «Entroncar: 1. Establecer o mostrar una relación de parentesco de una persona, tronco o linaje con otro. 2. Establecer o mostrar una relación de origen, correspondencia o dependencia entre varias cosas o personas.» (Oxford Languages, s.f.). Utilizo este término porque expresa una relación de vinculación desde la afinidad, que reconoce la agencia de la clase trabajadora migrante y apunta a su protagonismo.

- Bettelheim, C. (1973). Los trabajadores de los países ricos y pobres tienen intereses solidarios. En Emmanuel, A., Bettelheim, C., Amin, S. y Palloix, C., *Imperialismo y comercio internacional. El intercambio desigual* (227-233). Siglo XXI.
- Deleuze, G. (1996). *L'Abécédaire de Gilles Deleuze* [entrevista]. Pierre-André Boutang, Arte Vidéo.
- Emmanuel, A. (1973). El intercambio desigual. En Emmanuel, A., Bettelheim, C., Amin, S. y Palloix, C., *Imperialismo y comercio internacional. El intercambio desigual* (29-69). Siglo XXI.
- Gill, L. (2002). *Fundamentos y límites del capitalismo*. Trotta.
- Grupo de propaganda marxista [GPM] (Diciembre 2007). Acerca del trabajo de Rolando Astarita. [Entrada en un blog].
<https://www.nodo50.org/gpm/astarita/todo.htm>. Última consulta: 10/05/2021.
- Gunder Frank, A. (1967). El desarrollo del subdesarrollo. *Pensamiento Crítico*, nº7, 159-173.
- Hardt, M. y Negri, A. (2009). Imperio. Paidós.
- Internacional Comunista (1973a). *Los cuatro primeros congresos de la internacional comunista. Primera parte*. Pasado y Presente.
- , (1973b). *Los cuatro primeros congresos de la internacional comunista. Segunda parte*. Pasado y Presente.
- Lenin, V. I. (1974). *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Fundamentos.
- , (1977a). *Obras completas. Tomo XXIII. Septiembre de 1915 - julio de 1916*. Akal.
- , (1977b). *Obras completas. Tomo XXIV. Agosto de 1916 - mayo de 1917*. Akal.
- Marx, K. (1975). “Tesis sobre Feuerbach” en Engels, F. y Plejanov, G., *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana. Notas al Ludwig Feuerbach* (pp. 71-73). Pasado y Presente.
- , (2017a). *El capital. Crítica de la economía política. Libro primero. El proceso de producción del capital*, [ed. Scarón, P.]. Siglo XXI.

- , (2017b). *El capital. Crítica de la economía política. Libro tercero. El proceso global de la producción capitalista*, [ed. Scarón, P.]. Siglo XXI.
- , (s.f.). *On The Lausanne Congress*,
<https://www.marxists.org/archive/marx/iwma/documents/1867/lausanne-call.htm>. Última consulta: 31/05/2021.
- Marini, R. M. (1977). *Dialéctica de la dependencia*. Serie Popular Era.
- Meiksins Wood, E. (2003). *Empire of capital*. Verso.
- Oxford Languages (s.f.). Entroncar. *Diccionario de español*.
<https://www.google.com/search?client=firefox-b-d&q=entroncar>. Última consulta: 31/05/2021.
- Poulantzas, N. (1977). *Las Clases Sociales en el capitalismo actual*. Siglo XXI.
- Ratha, D., De, S., Ju Kim, E., Plaza, S., Seshan, G., y Yameogo, N. D. (2020). Migration and Development Brief 33: Phase II: COVID-19 Crisis through a Migration Lens (Nº 33). KNOMAD-World Bank.
<https://www.knomad.org/publication/migration-and-development-brief-33>
Última consulta: 10/05/2021.
- Roberts, M. (Noviembre 2019). HM2 – The economics of modern imperialism [Entrada en un blog]. <https://thenextrecession.wordpress.com/2019/11/14/hm2-the-economics-of-modern-imperialism/> Última consulta: 10/05/2021.
- Saccarelli, E. (2004). Empire, Rifondazione Comunista, and the politics of spontaneity. *New Political Science*, 26.4, 569-601.
<https://doi.org/10.1080/0739314042000297496>
- Smith, J. (2016). *Imperialism in the twenty-first century*. Monthly Review Press.
- , (2019a). *John Smith on imperialism* [entrevista con Farooque Chowdhury]. Monthly Review Online. <https://mronline.org/2019/03/19/john-smith-on-imperialism-part-1/> Última consulta: 11/05/2021.
- , (2019b). *Exploitation and super-exploitation in the theory of imperialism* [Comunicación en Congreso]. 16th Annual Historical Materialism Conference, Londres, Reino Unido.

https://www.researchgate.net/publication/337294058_Exploitation_and_super-exploitation_in_the_theory_of_imperialism_v1. Última consulta: 11/05/2021.

Spivak, G. C. (2010). *Crítica de la razón postcolonial. Hacia una historia del presente evanescente*. Akal.

Vidal Villa, J.M. (1976). *Teorías del imperialismo*. Anagrama.

Wallerstein, I. M. (1988). Marx y la historia: la polarización. En Balibar, É. y Wallerstein, I. M., *Raza, Nación y Clase* (pp. 195-210). Iepala.

—, (2011). *El moderno sistema mundial I. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*. Siglo XXI.